

# **LA FOTOGRAFÍA**

**Autora: Ana Laso Tamayo**

**1ª. MENCIÓN HONORÍFICA 2008**

# LA FOTOGRAFÍA

**Autora: Ana Laso Tamayo**

## **1ª. MENCIÓN HONORÍFICA 2008**

La fotografía apenas era visible enterrada como estaba casi en su totalidad por la cálida arena.

Si el niño de nueve años no se hubiese sentado sobre una roca cercana a descansar bajo la sombra de un árbol medio muerto, nunca la hubiese visto. Miraba a su alrededor sin pensar en nada en particular y en todo en general, cuando de pronto sus ojos se posaron sobre ella. Era apenas visible, pero en seguida supo de qué se trataba y sintió curiosidad. ¿De dónde sería? Desde luego, allí, en aquella tierra árida, no había nada digno de ser retratado para la posteridad; aunque algunos periodistas extranjeros lo hacían a menudo. Él nunca entendió para qué. Bebió agua sin apartar la mirada de ese pico amarillento de papel fotográfico y, cuando hubo saciado su sed, dejó la botella de plástico apoyada en el tronco, se levantó, fue hacia allá y tiró de la esquina con tanto cuidado que hubiese podido pensarse que podía haberse desintegrado entre sus manitas al desenterrarla.

Apenas se veía nada, la fotografía estaba llena de granos de arena, así que la sacudió y terminó de limpiarla frotando la superficie con una de sus manitas negras con los nudillos huesudos.

La miró con atención. Sin duda, la instantánea había sido tomada en un sitio lejano porque en su país no existían zonas tan verdes, ¡qué bonito era

aquello con tanto árbol! Sin duda allí no faltaba la lluvia ni el agua para beber. Además, las tres personas que aparecían eran blancas como la leche. Pocas veces había visto el niño personas tan pálidas por esos parajes aparte de los periodistas extranjeros o esos señores con metralletas y banderas desconocidas para él bordadas en sus uniformes. Él nunca se dejaba fotografiar ni respondía a preguntas. Órdenes de arriba.

Volvió de nuevo a la roca, se sentó y observó su descubrimiento con atención. Una cabaña de madera y piedra, la más bonita que había visto jamás, aparecía en medio rodeada de frondosos árboles con las hojas de un verde tan brillante y limpio que no parecía real.

La cabaña era de diferentes tonos marrones y grises y se accedía a la puerta principal subiendo por unos escalones.

Allí, arriba a la izquierda, y detrás de una valla muy baja y limpia, un hombre mayor sonreía al objetivo y levantaba la mano en señal de saludo al desconocido autor de la instantánea. Estaba sentado sobre una silla muy cerca de la puerta, le faltaban algunos dientes y un libro reposaba en su regazo. Sin duda lo había dejado ante el aviso de la toma de la foto. Su cabello era tan claro como su tez y vestía con una chaqueta fina de color rojo tan oscuro como la sangre. Era tan anciano, que el niño le echó unos cuarenta y cinco años como mínimo.

Delante de la cabaña había dos figuras más: Una pertenecía a un hombre riendo mientras observaba a un niño de unos doce años tratando de pasear a un enorme perro.

El chico, con el pelo tan amarillo como el sol, parecía insistir en ser el dueño de la situación; pero el animal podía más que él y tiraba fuertemente.

La fotografía había sido tomada sin duda por un adulto. Eso se veía claramente por la disposición alta del objetivo y el chiquillo supuso que sería la madre del niño y la mujer del hombre que reía.

Tras un segundo análisis, comprobó que el niño y el señor de mediana edad se parecían mucho: Ambos con la nariz afilada y los ojos almendrados con un azul tan oscuro como el cielo cuando empieza a oscurecer.

Pero el anciano no; éste tenía la cara más redonda y los labios mucho más finos. Estaba claro entonces, éste debía de tratarse del padre de la mujer, la autora de la fotografía.

¿Y cómo sería ella? Sin duda también tendría el cabello del color del sol porque el hombre lo tenía algo más oscuro que el crío.

Intentó imaginarse allí pero no quiso cambiar su aspecto. Seguiría siendo de piel negra, con el pelo enroscado como el caparazón de un caracol y sin zapatos ni otra cosa que cubriese sus pies. Tampoco tendría las piernas tan rollizas como ellos, seguiría teniendo las rodillas salientes y las dos cicatrices sobre el talón derecho. Ya ni recordaba cuándo y cómo se había hecho la primera de ellas. La segunda sí, era muy reciente y se acordaba claramente del día que le extrajeron los perdigones. ¡Qué dolor! Se estremeció ante su recuerdo.

La cabaña estaría limpia y habría varios compartimentos donde la gente no tuviese que dormir en el suelo al lado de la cocina. Ésta estaría limpia y tendría luz proveniente del techo y aparatos para calentar la comida sin necesidad de hacer una fogata a la intemperie; tal y como había visto aquella vez en casa de aquel señor importante, el que les suministraba las armas que necesitaban.

La cabaña era enorme, así que, en su cabeza también le puso un baño de esos que le habían explicado para que la gente no tuviese que arrodillarse tras un matorral ni lavarse en el río. Le habían hablado de esas máquinas para lavar la ropa. Pero él no terminaba de creerse que no hubiese que llenar barreños y frotar para sacar las manchas, así que no puso ninguna de esas cosas tan ajenas a él en la cocina. Por otro lado, aunque hubiese querido, no sabía como eran.

Dormiría en una cama de esas blandas que usan los que más dinero tienen. Estaría justo al lado de la del otro niño, con el que jugarían juntos, hablarían y pasearían al perro.

La señora sería muy hermosa y de ojos bondadosos. Seguro que era buena cocinera y les pondría ricos alimentos sobre la mesa de la cocina ya desde primera hora de la mañana.

El hombre, un poco más serio y con dotes de mando, tendría coche y todo, de esos que hacen mucho ruido, para ir a trabajar y poder mantenerles a todos. Al llegar el alba, ante su regreso a casa, los dos niños correrían a abrazarlo llamándole “papá” y el hombre entraría al calor de la casa para besar a su mujer en los labios y saludar al anciano.

El abuelo, al que le encantaría la lectura, les contaría historias después de cenar en abundancia cuando ya estuviesen los dos en la cama calentitos entre las mantas.

¿Y ellos? ¿Qué pasaría con el niño pálido de cabellos dorados y él? ¿Qué harían por las mañanas? Decidió que, tras la cabaña, y a una hora y media de camino corriendo, habría una escuela e irían cada mañana corriendo para aprender muchas cosas.

El niño, medio dormido ante sus ensoñaciones, se levantó asustado ante el toque de silbato. Le llamaban.

Todavía con la fotografía en la mano dio media vuelta y corrió. Pero a medio camino se paró en seco. Echó una última mirada a la fotografía y la tiró al suelo.

Era mejor dejar de soñar. Por aquel sitio apenas había ancianos, era difícil que alguien llegase cerca de los cincuenta años. Y mucho menos gente que supiese descifrar aquellos símbolos de los libros, a excepción de la gente importante. Aquellos que dormían en camas de verdad y tenían eso llamado “electricidad”; aquellos que le daban la botella de agua, un poco de pan y arroz cuando el sol estaba en medio del cielo, y las órdenes.

De su madre apenas tenía recuerdos. Había sido raptada después de que la hubiesen desnudado y comprobado que tenía todavía un cuerpo joven y la mutilación realizada.

Y de su padre no quería tener recuerdos. Le había vendido pocos años después.

Y su hermano... su pobre hermanito había sido asesinado delante de él cuando no pasó la prueba.

Todavía lo recordaba con todo lujo de detalles: Les habían puesto a los dos delante de dos hombres arrodillados con las manos atadas. Sangraban y decían cosas en una lengua desconocida, pero él los entendía claramente. El lenguaje del miedo es universal. Aquellos hombres suplicaban clemencia.

Cada uno debía disparar al que tenía delante. Él superó la prueba y se lo llevaron, pero su hermanito... su pobre hermanito un año menor, no. Allí mismo le degollaron después de disparar ellos mismos al hombre arrodillado.

A su padre sólo le habían dado la mitad del dinero. Solamente se llevaban a uno.

El niño enterró la fotografía de nuevo para que sus compañeros no la viesen nunca y no pudiesen pensar en otra vida; cargó el arma y corrió hacia el hombre del silbato dispuesto a recibir instrucciones.

Era mejor no soñar.